



**BERNARD  
WERBER**

# **EL DESPERTAR DE LOS GATOS**

Descubre la apasionante  
aventura de un grupo  
de gatos inolvidable

BERNARD WERBER

EL DESPERTAR  
DE LOS GATOS

Traducción de Rosa Alapont

 Planeta

Título original: *Demain les chats*

© Éditions Albin Michel, 2016

© por la traducción, Rosa Alapont, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: enero de 2022

ISBN: 978-84-08-25183-5

Depósito legal: B. 276-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# 1

## MI BÚSQUEDA

¿Cómo he acabado entendiendo a los humanos?

Desde mi más tierna infancia, siempre me han parecido a un tiempo misteriosos y apasionantes.

A fuerza de observarlos agitarse en todos los sentidos o realizar gestos incomprensibles, incluso ridículos, la curiosidad empezó a adueñarse de mí. Me preguntaba sin cesar:

¿Por qué actúan de manera tan curiosa?

¿Es posible establecer un diálogo con ellos?

Y entonces tuve la suerte de conocerlo.

«Él» me ayudó realmente a captar su funcionamiento, sus costumbres, las razones profundas que explican su extraña conducta.

Siempre son encuentros que nos cambian.

Sin «él» quizá solo sería una gata como las demás. Tal vez sin «él» todas las fantásticas aventuras que he vivido jamás habrían existido. Incluso puede que sin «él» me hubieran pasado inadvertidos tan increíbles descubrimientos.

Al presente, si tuviera que tratar de recordar el momento en que todo comenzó, sin duda debería empezar por recordar mis estados de ánimo en aquel tiempo. Creo que me aburría mucho, sola en casa, y tuve la intuición de que sería sensato hablar con quienes me rodeaban.

Ya por entonces estaba íntimamente convencida de que:

Todo aquel que vive posee una mente.

Todo aquel que posee una mente se comunica.

Todo aquel que se comunica puede dialogar directamente conmigo.

Así pues, la comunicación se me antojaba la solución a todos los problemas, y ya solo dependía de mí iniciar un fructífero intercambio con los demás. Suerte que tenía ese objetivo, si no, ¿a qué se habría reducido mi existencia? ¿A comer? ¿A dormir? ¿A ver cómo se sucedían los días y las noches sin hacer otra cosa que comer y dormir mientras el mundo seguía palpitando a mi alrededor?

Ahora bien, no basta con realizar una búsqueda, también hay que disponer de una estrategia que conduzca a su culminación.

¿Cómo ir hacia los demás?

He aquí cómo empezó todo...

## 2

### PRIMERA TENTATIVA

Dejo caer lentamente los párpados, inspiro hondo, siento mi cuerpo y, en la cabeza, siento mi mente.

Es como una nubecilla esférica, algodonosa y plateada que flota en el centro de mi cráneo. Está dotada de la capacidad de agrandarse. Elástica, se ensancha, se aplana, se convierte en un disco. Y cuanto más se extiende, en mayor medida mi conciencia percibe el espacio que me rodea. Toda mi mente no es sino un ancho tapete vaporoso, tan fino que forma como una membrana receptiva.

Detecto las ondas que llegan de lejos y convergen en mí. Decenas de seres vivos de cualquier tamaño y forma se estremecen, respiran, piensan, se expresan en su propia lengua y me hacen vibrar del mismo modo que el zumbido de las moscas hace oscilar a distancia la superficie de una telaraña.

Mantengo los ojos cerrados, escucho con todos mis sentidos físicos y psíquicos.

Ahora, por ejemplo, me llega una onda.

No cabe duda, hay un ser que reflexiona en mi zona de sensibilidad.

Percibo un pensamiento inquieto.

Abro los ojos, busco la fuente emisora, avanzo en la dirección de donde proviene la señal.

Después de mi mente, son mis ojos los que concluyen la identificación de esa fuente de inteligencia.

La veo. Es muy hermosa.

Sigo avanzando a pequeños pasos.

Mi sistema olfativo y mi sistema auditivo completan el análisis.

Su aroma natural es sutil.

Sus grandes y ansiosos ojos marrones escrutan los alrededores.

Degusta con desgana un pastel cremoso. Rostro fino, dientes blancos y centelleantes. Sus dedos febriles de largas uñas negras se contraen en torno a la golosina.

Es realmente encantadora.

Antaño, en una situación similar, podría haber creído que hacía adrede lo de no mirarme y que se mofaba de mí para probar mi reacción. No obstante, gracias a mi nuevo estado de conciencia expandida, la percibo como una simple forma de vida rebosante de energía y con la que debo poder comunicarme.

Basta con encontrar la longitud de onda adecuada.

Acerquémonos un poco más.

Me concentro y envío un pensamiento muy nítido en su dirección:

*Hola, señorita.*

Como no reacciona, acompaño mi pensamiento con un paso adelante. La madera del parqué cruje. Vuelve la cabeza y se sobresalta al verme. Inquieta, emprende la huida, abandonando el pastel.

Sale pitando con toda la potencia de sus bonitos y musculosos muslos.

La persigo.

Es una deportista. Avanza a largas zancadas.

Intento que no me deje atrás. Incluso consigo ganar terreno. De pronto percibo un detalle que me había pasado por alto hasta ahora y que forma parte de su innegable encanto: tiene una larga cola fina y rosada.

Concentrándome, envío un nuevo pensamiento:

*Hola, ratoncita.*

Acelera.

*¡Eh, espera! No quiero hacerte daño, me trae sin cuidado que quieras pasteles, solo deseo hablar contigo.*

Acelera un poco más.

*¡No, no te vayas!*

Su cola rosada da vueltas a su espalda. Realmente es una ratoncita muy graciosa. Me gustan los seres que mueven el cuerpo de manera armoniosa.

Bien, tendré que atraparla si quiero entablar un diálogo satisfactorio. Acelero, derribo el taburete de la cocina, rozo un jarrón en el salón, araño la alfombra para frenar.

Llevada por mi impulso, consigo por los pelos tomar



la curva a la izquierda, luego a la derecha, me deslizo con un derrape más o menos controlado por el parqué encerrado, me recupero arañando el suelo. Ella ya está lejos, pero aún la distingo, una figura furtiva que desaparece por la puerta entreabierta de la bodega.

Baja a toda prisa la escalera que lleva al sótano. La sigo.

Henos aquí en medio de lavadoras, cochecitos, maletas, cuadros viejos y botellas de vino. La iluminación es muy pobre —un simple rayo que se cuela por el tragaluz—, por lo que dilato al máximo las pupilas (de finas rendijas pasan a ser amplios círculos) y de ese modo logro moverme en la semioscuridad.

Los gatos sabemos realizar ese tipo de proezas.

Hasta puedo distinguir sus huellas en el polvoriento suelo. Las sigo un rato, luego desaparecen.

Cierro los ojos, con las orejas al acecho para localizar a la ratona gracias a mi agudo oído. Acto seguido, son las puntas de mis bigotes las que vibran y permiten afinar la información.

Está por ahí.

En efecto, más allá reencuentro unas huellas que llevan a una fisura en la pared, muy cerca del saco de la leña.

Avanzo con pasos sigilosos.

*¿Estás ahí, ratoncita?*

Oigo su corazón, que late con fuerza. De la inquietud ha pasado directamente a la fase de pánico total.

Me inclino y la veo escondida en un agujero no más ancho que mi pata.

Tiembla de pies a cabeza, con los ojos desorbitados, las mandíbulas entreabiertas y la cola enroscada delante de las patas.

¿Es posible que sea yo quien la asusta hasta ese punto? Y eso que no soy más que una joven gata.

Me digo que tantos años de incompreensión entre nuestras dos especies no contribuyen en absoluto a superar la desconfianza mutua. Me concentro y envío un mensaje telepático seguido de un ronroneo en ondas de baja frecuencia.

*No deseo matarte, sino simplemente dialogar de mente consciente a mente consciente.*

Retrocede un poco más para pegarse al fondo del agujero. Tiembla con tal fuerza que oigo cómo le castañetean los dientes.

Paso al modo ronroneo en una frecuencia media.

*No tengas miedo.*

Su respiración se vuelve más profunda y los latidos del corazón más rápidos, como si la idea, al ser percibida, produjera el efecto contrario al buscado. Y sin embargo, siento que casi lo he conseguido.

*Sobre todo, no creas que...*

En ese instante una detonación me sobresalta. Proviene del exterior de mi casa, de la calle. Le siguen de inmediato otros crujidos secos, y luego gritos agudos.

Subo al primer piso, salgo al balcón del dormitorio y

desde esa posición elevada intento ver lo que provoca tamaña agitación.

Distingo a un humano vestido de negro que blande una especie de bastón cuyo extremo crepita con breves resplandores dirigidos a unos jóvenes, los cuales van saliendo de un gran edificio que tiene una puerta coronada por una bandera azul, blanca y roja.

Algunos caen y ya no se mueven. Los demás corren en todas direcciones y lanzan alaridos mientras el humano vestido de negro continúa produciendo detonaciones con su bastón. Cuando este parece dejar de funcionar, lo arroja entre los jóvenes, que gritan y se desploman en la acera, momento en que el hombre emprende la huida.

Otros humanos lo persiguen por la calle y consiguen atraparlo prácticamente delante de la puerta de mi casa. Luchan con los puños y los pies.

Ahora surgen coches de todas partes, mientras los gritos y gemidos suenan por doquier.

Acto seguido se llevan al hombre en un coche muy ruidoso que hace girar una luz azul en el techo. Entretanto, la multitud se ha ido agolpando alrededor de mi casa y del edificio con la bandera. Los gritos cesan por fin, pero los humanos hablan deprisa y a voz en cuello y percibo una emoción como una nube palpable: el dolor. Algunos se sientan de dos en dos, uno hablando con una bola en la mano y el otro iluminando con la ayuda de un objeto rematado por una lámpara. Los hombres de la bola se expresan en su lengua, solos frente al objeto, y luego la lámpara se apaga.

Un camión blanco coronado asimismo por una luz azul aparece produciendo un terrible estruendo. Recogen a los jóvenes humanos tendidos en el suelo y los depositan en el interior del vehículo. Por instinto, aspiro lo que puedo de la oscuridad y de las malas ondas emitidas por el incidente. Todo mi cuerpo absorbe la agresividad, el dolor y el sentimiento de injusticia de los humanos presentes. Ronroneo a fin de limpiar el espacio frente a mí. Percibo todas las vibraciones que me rodean, y no puedo evitar sentirme profundamente perturbada.

Qué extraños comportamientos. Nunca los he visto efectuar nada semejante con anterioridad. ¿Qué habrá podido pasar para que se comporten así?

Me gustan mucho los humanos, pero no siempre los entiendo.